

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

V

Continuamos adelante con estos trabajos de sencilla divulgación con los que vamos dando a conocer, a los lectores de MVRGETANA, el contenido de las notas tomadas durante nuestras lecturas de viajes por tierras murcianas en los libros escritos, para conservar sus recuerdos, por los extranjeros que nos visitaron alguna vez. Entramos hoy en el quinto artículo, seguimos con viajeros ingleses y vamos a continuar manteniéndonos también dentro del siglo XIX, en que había tenido lugar el periplo del minucioso e irreverentísimo Inglis que fué materia del anterior capítulo.

Hasta ahora hemos dedicado un trabajo a cada visitante. En el de hoy nos vemos precisados a traer a la palestra a tres, porque va siendo ya difícil, dentro de la nacionalidad británica de los autores, encontrar relatos de viajes que concedan a la región murciana la atención necesaria para que el extracto de los mismos proporcione materia suficiente para un solo artículo.

Los tres peripatéticos con quienes vamos a unirnos hoy, para recorrer a su vera nuestras tierras, tienen fisonomías distintas; traían preocupaciones diferentes, y fueron atraídos a España por motivos y razones de muy diversa índole. Vamos a dar, previamente, unas escuetas noticias sobre ellos.

El primero, Sir John Carr, es el personaje más sugestivo; poeta, con temprana vocación de jurista, que hubo de dejar de lado por motivos de salud, viene a España no a conocer nuestros vates ni a estudiar sobre el terreno nuestras instituciones o nuestro Derecho, como hacían presumir



sus actividades y aficiones, sino que viene, lisa y llanamente, como muchos coterráneos suyos, y ya muy próximo a cumplir la cuarentena, a pelear con los franceses y a ayudarnos a echarlos de la Península. En Sevilla y en Cádiz tuvo la dicha de encontrarse con su colega en el culto de las musas Lord Byron, y la extraordinaria suerte de que el gran poeta inglés guardase recuerdo de aquel encuentro y conservara constancia de él en sus obras, distinguiéndole con el calificativo de «El Caballero errante». Sir John ha pasado a las bibliografías con este libro en que nos cuenta sus andanzas por España y con varios poemas que publicó; también vieron la luz trabajos suyos en la revista inglesa *Annual Review*.

El segundo viajero de quien vamos a ocuparnos, Edwin Lee, era un médico naturista que debió de alcanzar alguna fama porque se titula miembro de varias sociedades médicas de Viena, Madrid, Turín y otras capitales europeas. Sus aficiones científicas se centraron, principalmente, en estudios sobre los efectos saludables del clima y de las aguas medicinales en las enfermedades humanas, preferentemente en las del pecho, dejando escritos varios libros sobre sus investigaciones en relación con las condiciones climatológicas de diversos países.

Del tercero, Samuel Manning, nada hemos encontrado que nos ilustre sobre su vocación, aficiones o peripecias de su vida. Incluso el libro que publicó, y que nos va a dar motivo para parte de este artículo, lo fué sin su nombre de autor. Foulché-Delbosc fué quien dedujo que era Manning el autor porque en su título se citan otras obras a él debidas. Sabemos que vino a nuestro país porque la lectura de la obra de Ford sobre España despertó su curiosidad y suponemos que debía tener preocupaciones y aficiones pictóricas porque el relato de su viaje, en las dos ediciones que conocemos, figura profusamente ilustrado, y así lo advierte el título de la obra, con dibujos a pluma y a lápiz debidos a Gustavo Duré y a otros artistas. De estas ilustraciones hemos seleccionado, para reproducir en facsimile, las dos únicas que se refieren a Murcia.

Carr viene a España en el año 1809, o sea, cuando nos encontramos en guerra con Francia y nada menos que en la Guerra de la Independencia. Hacía algo más de un siglo que el gran Luis XIV había mandado a nuestras tierras sus ejércitos para lograr sentar en el trono de San Fernando, contra el parecer de toda Europa, a su nieto el Delfín, que reinó en España como el V de los Felipes. Y a los ciento y pico de años, Napoleón nos mandaba a sus tropas para arrojar violentamente de aquel mullido asiento al descendiente de Felipe V y para poner en su lugar a José Bonaparte. ¡Todo sea por Dios!

Al librarnos del Corso y de su hermanito, acuden a España muchos



ingleses para quienes siempre fué grata tarea el pelear con sus enemigos en tierras ajenas. Con aquellos ingleses, venidos en ayuda de Fernando VII, llegó a España Sir John Carr, que quiso contarnos después sus aventuras en un libro que vió la luz en Londres, en 1811, bajo el título de: *Descriptive Travels in the Southern and Eastern parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*. Es un volumen en cuarto con XII páginas de preliminares, 374 de texto y XXII más de complemento, conteniendo seis bellas láminas como ilustración. Es libro bastante raro porque describe minuciosamente una corrida de toros, y por esa circunstancia, unida a las que de su título se desprenden, y a la época en que el viaje tiene lugar, cae bajo la jurisdicción de tres clases de coleccionistas: los de libros de viajes, los de libros sobre la Guerra de la Independencia y los de libros de Toros.

Nos llega nuestro marcial visitante por la parte de Granada, y le sobrecoge el paisaje desértico que se extiende, hasta donde la vista alcanza, a uno y otro lado del camino que le conduce a nuestra región; tierras peladas, sin aldeas ni siquiera caseríos y, de vez en cuando, algunos seres famélicos buscando con avidez hierbas o cardos para mitigar su hambre.

En medio de tal desolación, Puerto Lumbreras le parece al inglés un verdadero oasis; es un pueblecito pequeño, limpio y alegre, habitado por gentes amables y trabajadoras que le acogen con cortesía y que hablan un castellano de gran pureza. El pueblo tiene como riqueza principal la fabricación de hilados de esparto y de cáñamo, con cuyas fibras confeccionan también alpargatas, que es el calzado que usan casi todos sus habitantes. En Puerto Lumbreras encuentra Sir John buena posada y un reparador sueño tras el largo viaje que desde Granada traía.

Pero ha de seguir su camino porque lo que él va buscando, más que conocer pueblos y paisajes, es la gresca con los franchutes, en la que desea acreditar su denuedo y su valor, y ayudar a sus coterráneos a alejar el peligro que Napoleón supone para la arisca independencia isleña de Inglaterra. Y tiene que continuar su ruta, atravesando un paisaje similar en desolación al que ha dejado, y que sólo va a quebrarse cuando falte una milla para llegar a Lorca. Va cambiando el color de la tierra que se enverdece, el clima que va endulzándose por momentos, la temperatura que es cada vez más tibia y, poco a poco, van apareciendo a su alrededor más seres, más árboles, más casas y más vida. Los restos de unas murallas árabes antiguas, con huellas visibles de recientes acciones de guerra, le anuncian la proximidad de lo que busca: ciudades populosas y combatir a los soldados de Napoleón.

Lorca es una bella ciudad; sus casas se recuestan indolentemente en la falda de una montaña, la sierra del Cano, por cuya base fluyen las



aguas escasas del Guadalentín, que dividen el pueblo en dos barrios. Lorca tiene una noble y venerable Catedral; tiene una gran alameda y allí encuentra nuestro hombre a gentes comiendo melones bajo los olmos y álamos frondosos. Lorca está rodeada por el bello cinturón de una comarca rica y bien cultivada; olivos, moreras, campo y prado, jardines y huertos le prestan un carácter romántico y decorativo.

La ciudad tiene una larga historia guerrera. Está enclavada en la zona fronteriza entre cristianos y musulmanes y, durante casi toda la Guerra de la Reconquista, fué campo de batalla continuo desde la expulsión de los moros del litoral levantino hasta su definitiva derrota conquistando el Reino de Granada los Monarcas castellanos. En toda esa larga época sufrió asedios, fué teatro de escaramuzas numerosas, y por todas partes quedan vestigios de tan inquieto vivir años y años.

Lorca es un pueblo trabajador, rico, con gentes hacendosas, con fuentes de riqueza no sólo naturales, el campo, el clima, los cultivos que hacen de la agricultura el principal quehacer de todos, sino creadas por actividades industriales de trabajos diversos que la complementan; la fabricación de cerámica, la del salitre y el cultivo y manipulación de la barrilla tan peculiar en todas estas regiones del Sudeste español que gozan de la influencia del Mediterráneo próximo.

Haciendo ostensibles sus marciales propósitos, y para no tener que perder tiempo en menesteres indumentarios cuando haya de entrar en pelea, Sir John viaja vestido de soldado, llevando con orgullo un uniforme inglés a cuya vista no están habituados los lorquinos para quienes la distinción entre Francia e Inglaterra quizá tenga mucho de sutileza geográfica. Sir John, con su uniforme extranjero, es un extranjero, cosa peligrosa en esos momentos, y eso basta para que la primer vieja que con él se tropieza, salga desfavorida gritando y colmándole de la más grave injuria posible en aquellos días; ¡francés, francés, francés!; y Sir John las hubiera pasado negras, porque estuvo a punto de ser linchado por la muchedumbre, a no haber sido por un viejo sacerdote que, aclarando su oriundez británica, y el propósito que le traía de ayudarnos a derrotar al invasor, hace que se transforme el motín de protesta en una ruidosa manifestación de simpatía. Cumplida esta misión de salvarle de la ira del pueblo, cumple el viejo sacerdote la de enseñar al inglés las curiosidades de Lorca. De su mano, y con sus explicaciones de guía, recorre Sir John varias iglesias lorquinas y algunas casas particulares sin que aquella visita le descubriera nada que él considerara de interés, salvo unas cuantas pinturas sin importancia y sobre las que no pudo informársele ni siquiera del nombre de su autor.

Buena posada encuentra en la parte baja del pueblo. Pero nuestro hom-



bre está inquieto y apenas pierde la protección sacerdotal que la ha librado de la gente hostil al extranjero, ya piensa en abandonar Lorca y sale con rumbo a Totana. La proximidad a este pueblo se va percibiendo también en las aceleradas mutaciones del paisaje, como a la entrada de Lorca. Una larga avenida de olmos le deja en Totana, pero allí se encuentra, al revés que en Lorca, con un pueblo malo, pobre, por cuyas calles transitan habitantes mal vestidos y niños casi encueros; escasez, hambre, calles sucias y basura por todos sitios.

Con este horizonte no es raro que la posada sea también mala; una escalera, sin baranda, llena de detritus, le conduce a una habitación desnuda con puertas desvencijadas y ventanas sin contraventanas y sin la menor protección frente a las inclemencias exteriores. La habitación cae encima o muy cerca de la cuadra, y el ruido de las caballerías, y el olor, la convierten en inhabitable. La cocina sucia, con un fuego de carbón de leña y, a uno y otro lado, los bancos o poyos donde duerme la familia de noche y donde comen los carreteros y muleteros, que a la posada acuden, en medio de un fuerte tufo de aceite y de otros efluvios aún más desagradables.

Al llegar la noche, una mujer, semidesnuda, cubierta sólo de harapos, colgó en un clavo de la habitación un candil de aceite, barrió la basura y las cucarachas que habían por el suelo y tendió sobre éste un sucio colchón que más que de lana estaba repleto de chinches y de pulgas. Pero Sir John es viajero cuidadoso que llevaba en su equipaje sábanas y cubrecamas para su escudero y para él y, gracias a esa precaución, pudo dormir un poco protegido de la suciedad que le rodeaba. Cuando al día siguiente bajó a comer a la cocina llamó su atención la costumbre rural española de que los asientos sean más altos que la mesa donde los manjares se ponen. La única nota agradable de la velada la proporciona la inesperada llegada al albergue de unos músicos callejeros que comenzaron a tocar, con sus guitarras, algunos de los aires nacionales más en uso. Comenzaron a acudir vecinos de los contornos y el concierto popular callejero se transformó bien pronto en un animado baile en la cocina. Cuando Carr y su acompañante se acostaron, el dulce sonido de las guitarras dió paso al menos agradable, y mucho más ruidoso de los relinchos y coces que producían las caballerías albergadas en la cuadra próxima. Antes de partir, en la mañana siguiente, nos deja el viajero en las páginas de su libro el dato de que Totana tenía, entonces, unos 10.000 habitantes.

Continúa su ruta hacia Murcia, pasando por Librilla y después por Alhama, cuyos célebres baños recuerda. Librilla es un pueblecito pequeño, limpio y lindo, con una pintoresca apariencia. Está dividido por una profunda garganta sobre la que se tiende un puente de un solo arco. En este pueblo encuentra el viajero la posada más bella con que había tropezado



en su viaje, y nos cuenta que la casa donde se hallaba había sido edificada por el duque de Alba. Además, come en ella muy bien, y, sobre todo, encima de manteles limpios. Y salen hacia Murcia a través de una campiña magnífica; tierras muy bien cultivadas, con olivos, moreras y hortalizas de todas clases; bellos jardines y magníficos huertos, separados entre sí por unas cercas hechas con cañas de indias cuyo bello efecto alaba.

Va notando poco a poco que se aproxima a lugares amenazados por la guerra; el camino se le hace cada vez más difícil porque encuentra destruidos casi todos los puentes. Conforme se acerca a Murcia se multiplican los signos reveladores de la lucha; preparativos de defensa, zanjas abiertas, baterías preparadas, en suma, cuanto pone de relieve el temor de un próximo ataque enemigo. Sin embargo, los caminos están llenos de gentes y de carretas arrastradas por tranquilos bueyes hasta entrar a la ciudad.

Unos cuantos voluntarios les conducen a la casa del Capitán General, donde, después de dar cuenta de su viaje y deseos, se les permite la residencia en la capital y se les dirige a la principal posada de Murcia, un gran edificio, en los suburbios, donde con grandes dificultades pueden encontrar un triste y mísero cuarto. Y apenas cumplidos los elementales menesteres de reposo y aseo, se lanza nuestro visitante a ponerse en contacto con la ciudad.

Se acerca a la Alameda, amplia y corta, con majestuosos árboles, llena de gentes por doquier y de barracas esparcidas, aquí y allá, para la venta de toda clase de objetos útiles y en las que se tropieza con bastantes mercancías inglesas. Llama su atención, y le sorprende agradablemente, el vistoso atalaje de caballerías y carruajes, con cintas de colores vivos que ponen una nota alegre en medio del bullicio del paseo. Al final de la misma se encuentra el mercado de ganados, que visita, donde contempla ejemplares magníficos. En la entrada, dos estatuas, las peores que había visto, de los reyes Carlos III y su esposa, pregonan la ira y el encono popular con las injurias que las pedradas han dejado en las narices de los dos regios personajes.

Encuentra muy bello el puente, de piedra, sobre el Segura, con sus dos arcos airosos. Se acerca a la Catedral, muy parecida a la Giralda de Sevilla, y destaca la suave rampa de acceso a su torre y la vista bellísima que desde aquella altura se le ofrece. Un amplio valle, de cuatro millas y media de anchura y de setenta y cinco de circunferencia, como un gran mar verde sembrado de pequeñas casitas blancas y repleto de moreras, olivos, álamos, viñedos, formando prados y jardines que son un placer para quien desde lo alto los domina. Al bajar de la torre entra en el interior de la Catedral que encuentra pesado, aunque destaca, su Altar mayor, en gran parte de plata, muy rico y conservando todavía incólume su magnífico tesoro,



algunas pinturas agradables en varias capillas, y una soberbia portada al exterior con esbeltas columnas, estatuas y ornamentos de diversos órdenes de arquitectura. En la plaza a donde la Catedral da, enfrente de la misma, se alza el Palacio del Obispo.

Cuando sale de visitar nuestro primer templo, encuentra Carr al Corregidor de Murcia y se entera de las medidas de precaución que han tenido que adoptar las autoridades, para impedir la entrada en la ciudad de noticias, papeles y proclamas procedentes del campo francés, para cuya circulación clandestina sirven de vehículos los propios campesinos que vienen a traer al mercado sus frutos diariamente. Se han señalado multas de cinco dólares y, para ciertos casos, incluso pena privativa de libertad, bien breve por cierto, para quienes se prestan a la divulgación de especies que tienden a desmoralizar a la población y a hacer decaer el espíritu combativo de sus defensores. Pero aunque las diversas clases sociales de la ciudad parece que revelan un exaltado patriotismo, los huertanos que entran y salen de ella a diario, persisten en propagar noticias y papeles de procedencia enemiga sin que las sanciones produzcan su adecuado efecto.

Una de las que llega en esos momentos, es la derrota, en los alrededores de *Almoracid*, de las tropas del General Francisco Venegas por los ejércitos franceses de Sebastiani y de Víctor. Carr lamenta tan tristes nuevas, parte porque le contrista el resultado adverso de ese hecho de armas que acerca al invasor y le promete la conquista de otra gran ciudad, Murcia, y parte por haber llegado él con retraso y no haberse podido incorporar a las huestes españolas del vencido General Venegas para tomar parte en aquella batalla en que los contingentes nacionales, compuestos principalmente por campesinos, se batieron con coraje y se habían visto obligados a sucumbir ante las tropas francesas, mucho más numerosas, sometidas a seria disciplina, y adiestradas en una larga práctica de la guerra, adquirida en muchos años de lucha por toda Europa.

El tema de la guerra le lleva a incorporar a su relato alguna que otra anécdota, sin importancia y de escaso interés. No deja de sentirse contrariado por cierta apatía y desgana que encuentra, en línea general, en los defensores de la ciudad, y que le hace prever un resultado desastroso si las tropas francesas intentan apoderarse de Murcia como es lógico por sus maniobras. Nuestras milicias tienen escasa combatividad y excesivo apego a la vida para estar decididas a defender, con la piel, sus posiciones. «Más quiero yo que se mueran seis Duques, que morirme yo», es la frase que oye más de una vez y que le lleva al resultado de que en nadie existe el decidido propósito de defender la ciudad palmo a palmo.

Trae a capítulo unas consideraciones que en Cádiz, en su paso hacia América, había hecho el general francés Moreau a un amigo de Carr, co-



mentando que la forma de pelear de los patriotas españoles, formando guerrillas que a cada momento, y cuando menos se esperaba, hostigando a los franceses aprovechándose del mejor conocimiento del terreno y de la mejor capacidad maniobrera de grupos poco numerosos y bien adiestrados para escaramuzas de ese género, acabaría por expulsar de España a Napoleón. Nuestro visitante cree que esos hechos de armas, sólo son posibles en el campo, fuera de la ciudad, y en zonas donde, por las asperezas del terreno, se haga fácil ese casi impune hostigamiento, y no conseguirán el objetivo esencial en toda guerra de destruir el ejército enemigo, estimando que el éxito final, definitivo, sólo podrá darlo la disciplina y organización castrense que prestarán a las tropas españolas los oficiales británicos que han venido a instruirlos.

La falta de quehaceres marciales permite a nuestro hombre deambular por la ciudad; encuentra sus calles estrechas y mal pavimentadas, con plazas grandes y amplias, pero sin buenos edificios. El mejor punto de vista es el del puente sobre el río, con sus meandros y pintorescas cascadas. A lo largo de él, sin árboles, pero con bellísimas perspectivas sobre la huerta, el Malecón, construido más con finalidad protectora frente a las avenidas que como paseo. Muchas iglesias, muchos conventos. Las necesidades guerreras defensivas convierten los Colegios en cuarteles. De noche la iluminación es buena, a base de petróleo.

Desde el punto de vista militar, Murcia es una ciudad abierta, no sólo por la desgana y escaso deseo combativo de sus moradores y defensores, sino por su situación peligrosa, en una llanura, surcada por diversos caminos, con numerosas vías de acceso fácil y con muy escasas trincheras, mal construidas, y muy pocas baterías artilleras como elementos defensivos.

Una de las notas agradables de la estancia de Carr entre nosotros es el curioso efecto que en él produce un paseo por nuestra huerta. De su relato, son esas páginas las que se leen con más agrado porque capta perfectamente el ambiente huertano, sus elementos característicos, y porque nos deja del mismo una certera e inspirada descripción. El abuelo, presidiendo la vida del hogar entre el respeto de todos; el matrimonio afanado en los quehaceres domésticos y agrícolas; los nietos jugando en derredor. Este cuadro, en medio de un ambiente de limpieza en las cosas y de cortesía en los seres. Y cuando el trabajo acaba, los afanes de todos encuentran su compensación en el buen descanso a la sombra de los álamos. Parece la vida pastoril conservada o resucitada, y a este recuerdo nostálgico y bucólico ayuda el mirto salvaje que por todas partes se encuentra, fragante arbusto traído por los romanos, y del que quizá provenga el nombre de nuestra ciudad: «Venus Myrtia». La única nota detonante en esta feliz descripción de la vida hogareña en nuestra huerta, y de las sensaciones



que Carr iba experimentando en su paseo por nuestra vega, es la de decirnos que encontró los melocotones con que le obsequiaban menos sabrosos que los que había comido en Inglaterra.

Por aquellos días, y si no engañan al viajero, tiene Murcia cincuenta mil almas. La vida de sociedad es libre y animada. Las gentes, de asequible trato y carácter abierto, sobre todo las mujeres. Es posible que sus excesivas preocupaciones guerreras no le permitieran dedicarse a actividades sociales más intensas durante su breve estancia en Murcia; posiblemente se libró, por ello, de caer en las agradables redes de alguna bella murciana, como le había pasado, cuarenta años antes, a su coterráneo Twiss.

Pone de relieve la gran frecuencia, en los habitantes de Murcia, de ojos llagados por el tracoma que él atribuye al uso excesivo del arroz, recordando que en la India se achaca, a esa causa, la frecuencia de tal enfermedad, sobre todo cuando el arroz se come en los primeros meses de la cosecha en que parece es perjudicial para los ojos y para la vista, aunque Carr no deja de citar, también, la existencia de otras opiniones que contradicen tal dicho.

No oculta la impresión que le produce el típico traje huertano en hombres y en mujeres. Se cuida de dedicar breves comentarios a las actividades industriales de Murcia, de las que destaca como más características la de la seda y el esparto, pero añadiendo que se nota la falta de iniciativa y de verdadero ingenio. Tiene un recuerdo amable para el Conde de Floridablanca, para sus desvelos por su pueblo natal, y para las cosas que dejó a Murcia, como frutos de su política, principalmente la red de caminos que cruzan la comarca.

Echa también su cuarto a espadas sobre nuestro carácter. Cree que la nota más saliente del mismo es la superstición, y ello hace que afloren en el acto sus ideas religiosas, antipapistas, en la medida justa para dejarnos, al final de su relato, una desagradable anécdota de la que queda mal sabor de boca al lector. Con ocasión de ser llevado el Santo Sacramento a un moribundo, presencia Carr el paso por las calles del sacerdote que es portador de la Eucaristía; las gentes, de toda condición, se postran de rodillas; la guardia, y los oficiales militares, adoptan las actitudes de máximo respeto y reverencia al Señor, que es anunciado, a su paso, con las voces de ¡Su Majestad!, ¡Su Majestad!, mientras el inglés se mofa de la escena.

Y aquí termina el comentario de las aventuras por nuestras tierras de Sir John Carr, que vino a ellas para ayudarnos a expulsar a los franceses, y que su mala suerte le impidió probar esos propósitos con algo más que con palabras, en el tiempo en que permaneció en Murcia. Vamos a dar un salto de treinta o cuarenta años y a hacer conocimiento con otro visitante de nuestras tierras, de igual nacionalidad.



Pero antes queremos destacar una curiosidad bibliográfica. La obra de Carr debió ser objeto de algunas correcciones tipográficas. Nosotros hemos manejado dos ejemplares, de la misma edición, y encontramos que el texto de las páginas 211 y 212, que se encuentran precisamente en la parte del libro que afecta a Murcia, son distintas, aunque su contenido esencial no difiera de una a otra. En uno de los ejemplares es más extenso el texto, porque se incluyen en él extremos que en el otro ejemplar eran objeto de una nota a pie de página.

* * *

El relato que de sus andanzas por España nos dejó el médico naturista inglés Edwin Lee, vió la luz, en letras de molde, en tres ocasiones distintas. La primera edición apareció en Londres, en 1854, bajo el título de: *Notes of Spain: with a special account of Málaga and its Climate*, en un tomito en 8.º, con VI páginas de preliminares, 144 de texto, y una hoja final con anuncio de publicaciones del mismo autor. En el siguiente año, 1855, aparece una segunda edición cuyo título es: *Spain and its climates: with a special account of Málaga*, con el mismo número de páginas, e igual distribución de contenido. Todavía, en 1860, apareció una tercera edición con igual título que la anteriormente descrita. Nosotros poseemos ejemplar de la segunda, cuya lectura nos ha servido para estas notas. Por su hoja final sabemos que Lee publicó también otros libros sobre aguas medicinales en Francia, Inglaterra y Alemania, una obra sobre Niza y su clima, otra, en dos volúmenes, sobre aguas minerales en general, y un tratado sobre los saludables efectos del tratamiento climatoterápico en la curación de la tuberculosis.

Entró en España, desde Perpiñán, por la frontera catalana, pasando por Barcelona y Valencia hasta Alicante. Desde Alicante a Murcia, vino por la conocida ruta que pasa por Elche, e invirtió en su recorrido once horas de diligencia. Se detuvo en Elche, ciudad de dieciocho mil habitantes y allí visitó la iglesia de Santa María, que había sido mezquita durante la época en que los moros ocupaban esta región. Dedicó calurosos encomios a los palmerales y trae a la memoria la frase de Ford: «Sólo hay un Elche en Europa». Continúa su viaje, a través de unos campos desérticos y llega hasta Orihuela, ciudad de veinte mil habitantes, engarzada en el centro de una comarca riquísima intensamente irrigada por el Segura. Visita allí la Catedral y tres o cuatro iglesias. El pueblo tiene todavía, un aspecto bastante oriental, y pronto lo deja para continuar su ruta hacia Murcia, encontrando aburrido el camino entre ambas ciudades,



del que menciona, como sola cosa particular, el pueblecito de Monteagudo con el castillo que lo domina desde lo alto de una roca.

Murcia, aunque interesante en su aspecto general, no es lugar que ofrezca al visitante extranjero la atracción suficiente para prolongar la estancia en ella más de uno o dos días. Excepto la Catedral, con interiores del orden gótico, no sobrecargados excesivamente con ornamentos, y conteniendo algunos altares y objetos de indudable interés, no existen en Murcia otras cosas que despierten la curiosidad y el asombro de Lee. Sube a la torre, y entona el ya conocido canto de alabanza al panorama que desde ella se divisa sobre la huerta; palmeras, cipreses y moreras en una ancha llanura rodeada por el círculo de cadenas montañosas que la abrazan. A lo lejos, Orihuela y, bastante más cerca, el castillo de Monteagudo; alrededor de la torre el pintoresco amontonamiento de los tejados planos de la ciudad y de sus suburbios.

Como Carr, encuentra estrechas las calles de Murcia, algunas de las cuales permiten escasamente el paso de carruajes por ellas. Las tiendas ofrecen escasa atracción para los extranjeros, acostumbrados al brillante despliegue de otras grandes capitales.

Pero los paseos son deliciosos; la Glorieta, muy próxima al Palacio Episcopal, llena de arbustos, de plantas olorosas, y de fragantes y vistosas flores, se extiende a lo largo de la orilla del río, de ese río varias veces sangrado, aguas arriba, para la irrigación y fertilización de la huerta. Pero no es éste el solo lugar de solaz para el paseante en Murcia; están también el Arenal o «Strand», igualmente a lo largo del Segura, y el Paseo del Carmen, al otro lado del río, con sus umbrosos sauces sirviendo de cintura al convento que lleva ese nombre, y presidido por el monumento al conde de Floridablanca, que, desde una modesta situación, supo elevarse, por sus talentos, al rango de primer Ministro del rey Carlos III, llevando a efecto obras y mejoras de alta importancia para España y para Murcia. Pone de relieve el orgullo con que los murcianos hablan del conde, como paisano y como «el solo gran hombre nacido en la comarca».

En general, no le somos simpáticos los murcianos a Lee, que nos encuentra con cierta fisonomía africana, supersticiosos, litigiosos y vengativos, recordando, a tal efecto, la frase de Ford que dice que Murcia, alejada de las rutas principales, habiendo dado a España pocos hombres ilustres, es considerada como la Boecia del Sur, y que los murcianos somos tan pronto perezosos como diligentes y muy prestos a emigrar a Africa con cualquier motivo, definiendo nuestra región como comarca donde son buenos la tierra y el clima, y malo todo lo demás.

La vida es barata en Murcia por aquel entonces. Su clima invernal, dulce y bastante parecido al del resto de la comarca. No hay población



extranjera y los habitantes de la ciudad tienen poca vida social entre sí. En materia de recursos, para distraer los ocios, un buen casino, un teatro, y nada más. Se ha abierto, hace poco, un buen hotel francés. La principal riqueza industrial murciana está constituida por la seda y por algunas manufacturas de mantas de vistosos y brillantes colores, con variados dibujos, que tienen alta estimación.

La comunicación entre Murcia y Cartagena se hace por medio de una diligencia, diaria, que invierte cuatro horas en el recorrido; atraviesa, primero, parte de la espléndida vega que rodea a la ciudad, se encarama, más tarde, a través de un desfiladero para saltar la cadena de montañas, el Puerto de la cadena, y se enfrenta, al final, con una extensa zona despoblada, todo ello a través de un camino que Lee considera como el mejor de España.

Está Cartagena rodeada por un cerco de murallas y de fortificaciones, pero su interior consiste sólo en una larga calle, que termina en la Plaza de la Constitución, con varias otras paralelas y divergentes, que presentan escasa atracción para los extranjeros. Su Arsenal es uno de los mejores de España, aunque en el momento en que nuestro hombre lo visita se encuentre en estado de bastante abandono.

También tiene un Casino, y un buen hotel, el de las Cuatro Naciones, donde encuentran confortable acomodo los forasteros que allí esperan la llegada o salida de los barcos. La Plaza de la Constitución está contigua al puerto, que es uno de los más amplios y mejor defendidos del Mediterráneo. Cartagena fué, antaño, plaza de gran importancia, pero conforme ha ido España perdiendo su poderío y prestigio militar, la ciudad decreció aceleradamente. Por los años en que este libro se escribe, comienza a notarse un resurgir de la actividad minera que había pasado por largos años de crisis; comienza ahora a tomar ímpetu y se incrementa la llegada de barcos de Inglaterra con carbón para esas actividades. Los productos minerales más importantes son el cobre y el plomo argentífero, éste de muy buena calidad, y se dice por todas partes que los negocios comienzan de nuevo a ser productivos.

Desde Cartagena, nuestro visitante toma la ruta marítima para marchar a Málaga, que es la meta principal de su viaje, como famosa estación invernal por su maravilloso clima. Veinticuatro horas de barco se precisan para llegar a ella, con una escala en Almería, y por una ruta llevando a la derecha el triste panorama de unos montes negruzcos, pobres en vegetación, pero muy ricos en filones minerales.

* * *



Y vamos con el tercer libro que va a servirnos para completar este artículo y darle una extensión decorosa. Vamos a dar un pequeño salto, de muy pocos años, catorce o quince a lo sumo, para empalmar con este tercer relato que se publicó, sin nombre de autor, y que fué dos veces editado. La primera vez se imprimió hacia 1870, en Londres, bajo el título de: *Spanish Pictures. Drawn with Pen and Pencil*, indicándose que la obra era del mismo autor de *Swiss Pictures*, dato que sirvió para que Foulché-Delbosc la atribuyera a Samuel Manning. Algunos años más tarde, hacia 1874, apareció la edición segunda, también en Londres, sin fecha, bajo igual título que la primera, pero añadiendo que estaba escrita por el autor de *Swiss Pictures*, y de *Italian Pictures*. Esta segunda edición no pudo aparecer hasta 1874, o después, por el texto que existe en una nota en la página 100, escrito después de haber terminado el reinado de Amadeo de Saboya. Nosotros manejamos, para este artículo, un ejemplar de esta impresión.

Es un volumen en 4.º, de 200 páginas. Las dos finales contienen unos cuadros cronológicos de acontecimientos importantes de la Historia de España y la lista de nuestros Reyes. La obra está profusamente ilustrada por Gustavo Doré, y otros artistas. Sólo contiene dos ilustraciones que se refieran a Murcia; una bonita vista de la ciudad, y un dibujo fantástico sobre una fiesta gitana en los alrededores.

El autor de este relato llegó a nuestra región por mar, y entró en la capital viniendo desde Cartagena. Da la impresión de ser hombre culto y más dispuesto a hacernos saber sus conocimientos sobre la historia de las ciudades que visita, que las impresiones que éstas le producían. Desde Málaga a Cartagena encontró bastante poco atractivo en la costa.

Cartagena es una de las ciudades más antiguas de Europa, no ya sólo como agrupación urbana, como ciudad, sino porque el propio campo en derredor, lleno de cuevas, revela la existencia antaño de viejas poblaciones trogloditas a las que sucedieron los fenicios, que fueron los primeros en instalar obras defensivas de fortificación en las cumbres de algunas montañas. Vinieron después los cartagineses y se estableció en la región la familia Barca; de aquel pueblo ocupante le viene su nombre a la ciudad: *Nueva Cartago*. Esta divagación histórica le sirve de pretexto para airear sus lecturas y para recordarnos que conoce a Tito Livio, y el relato de la expedición de Escipión el Africano, atravesando toda España para conquistar Cartagena del poder de los enemigos de Roma, lanzando sus tropas al asalto, con suma habilidad, eligiendo el punto crítico en donde la defensa era más débil. Pasó Cartagena de los cartagineses a los romanos y, bajo estos segundos, se convirtió en uno de los puestos más importantes del Imperio en la Península.



Pregonan su antigua grandeza las numerosas columnas de mármoles de colores que a cada momento se descubren aun en los muros de las casas más humildes, las inscripciones en una de las fortificaciones fenicias situada en la cumbre de una montaña, y las iniciales S. P. Q. R. que continuamente aparecen en muchos baldosines formando parte de pavimentos.

Colonia Victrix Julia, o Carthago nova, la llamaron los romanos. Durante el período visigodo comienza a decaer y son los árabes los que la elevan de nuevo a un cierto esplendor y restauran su principal castillo. Como vestigio del esplendor musulmán se había conservado, hasta hacía pocos años, un soberbio arco en forma de herradura con magníficas inscripciones arabescas.

Los Reyes Católicos le prestaron atención y la distinguieron con su aprecio, visitándola con frecuencia, por su fuerte posición militar dentro del Mediterráneo, pieza fundamental de la política de Fernando. Posteriormente, cuando la Casa de Austria orienta hacia el Atlántico toda la actividad marinera española, Cartagena vuelve a decaer y, en 1868 en que tiene lugar el viaje que nos ocupa, muelles y arsenales están silenciosos y abandonados y todo su tráfico marítimo ha quedado reducido a la navegación de cabotaje y a los barcos de pesca.

Nuestro viajero nos deja, en las páginas de su libro, el recuerdo de desórdenes populares que habían acaecido hacía pocas semanas, obligando a las autoridades a condenar a los revoltosos haciéndoles trabajar en la demolición de unos pocos y arruinados muros que era cuanto quedaba de aquella famosa fortaleza, que defendieron siglo tras siglo fenicios, cartagineses, romanos y árabes, que había sido el orgullo de la familia de Aníbal, y que Escipión el Africano había conquistado tras un brillante y espectacular asalto.

Por la supervivencia de tradiciones locales, sabemos que se decía todavía por entonces que Cristóbal Colón, al regreso de su primer viaje a América, había traído a Cartagena una colección de magníficos tapices que él mismo, a presencia de los Reyes Católicos, había colgado en los muros de la Catedral, en prueba de agradecimiento a la protección divina que no había dejado de acompañarle a todo lo largo de su gloriosa aventura. Pero nuestro viajero se arriesga a poner los puntos sobre las íes para decirnos que esto no era completamente exacto, y que la verdad parecía ser tan solo que las tapicerías habían sido compradas con parte del oro que Colón trajo, que representaban pájaros y otros animales, frutos y flores del Nuevo Mundo, y que para su confección se habían atendido los bordadores a las instrucciones del propio Almirante que se cuidaba personalmente de describir sus formas y coloridos. Parece que debieron ser co-



locadas, ciertamente, por el propio Colón, pues así lo atestiguan leyendas y tradiciones que todavía circulaban entre los cartageneros. Desgraciadamente nada podía acreditarse ya, en concreto, porque la Catedral se encontraba en ruinas y los tapices podridos.

De Cartagena a Murcia hay posibilidad de trasladarse, en tiempo breve, por ferrocarril. Alejada Murcia de las rutas de viajeros usuales, es muy poco visitada y tiene una vida comercial muy escasa excepto con los campesinos de su fértil huerta. Esta situación de aislamiento hace que en ella se conserven los trajes, maneras y costumbres del pasado, con tenacidad y fidelidad superior a la característica de muchas regiones españolas. Nuestro hombre dedica bastante atención a la indumentaria, encontrando que las prendas que los huertanos gastan son bastante parecidas a las de los pastores escoceses, aunque de colores más brillantes. Las mujeres visten preferentemente de amarillo y de rojo y, aun las más humildes y pobres, adornan, con arte y con gusto, su cabeza con flores. El calzado usual es la alpargata de cáñamo o esparto, con las piernas al aire. Los hombres usan unos calzoncillos de percal anchos, y que les llegan hasta un poco más abajo de la rodilla, y las mujeres gastan enaguas guarnecidas de bordados y lentejuelas. La prenda de abrigo, es la clásica y soberbia manta murciana de colores. Las costumbres, como en todo el Sudeste español, acusan la supervivencia de numerosos hábitos moriscos.

Murcia tiene, en sus suburbios, una importante población gitana que la componen más de cien familias. El autor de este relato es invitado a una fiesta y él es el único *busné* que a la misma asiste. La acogida que se le presta es franca; la gente le distingue con su confianza, y a las pocas palabras que se hablan ya se crea entre todos un lazo de amistad y de camaradería. La animación es grande y la algazara fantástica; danzan hombres, mujeres y niños, mientras un contrabandista toca el tambor, otro la guitarra, y una vieja marca el compás con las castañuelas.

Nos abandona el viajero con rumbo hacia Alicante, y las últimas frases que leemos están dedicadas a entonar alabanzas al bosque de palmeras de Elche, que tan agradable impresión había producido ya en otros visitantes conocidos de estos lectores.

Como ilustración del presente trabajo, se reproducen en facsimile las portadas de los tres libros y los dos grabados que ilustran el relato de Manning. Sólo la vista de Murcia y la portada de la obra de Lee, se reproducen a su tamaño original. Las otras ilustraciones ha sido preciso reducir las en lo necesario para acomodarlas al tamaño de la revista.



DESCRIPTIVE TRAVELS
IN
THE SOUTHERN AND EASTERN PARTS
OF
SPAIN
AND THE
BALEARIC ISLES,
IN THE YEAR 1809.

BY
SIR JOHN CARR, K. C.

LONDON:

PRINTED FOR SHERWOOD, NEELY, AND JONES, PATERNOSTER-
ROW, FAULDER AND RODWELL, BOND-STREET, AND
J. M. RICHARDSON, CORNHILL.

By J. Gillet, Charles-Street, Hatton-Garden.

1811

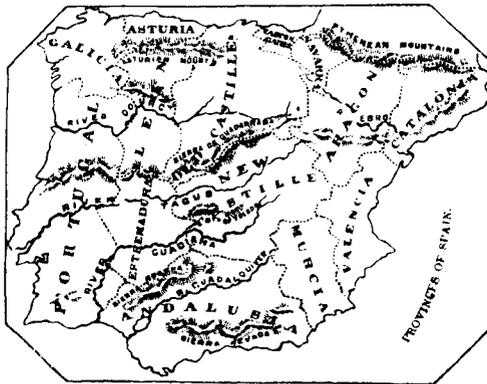


SPANISH PICTURES

DRAWN WITH PEN AND PENCIL.

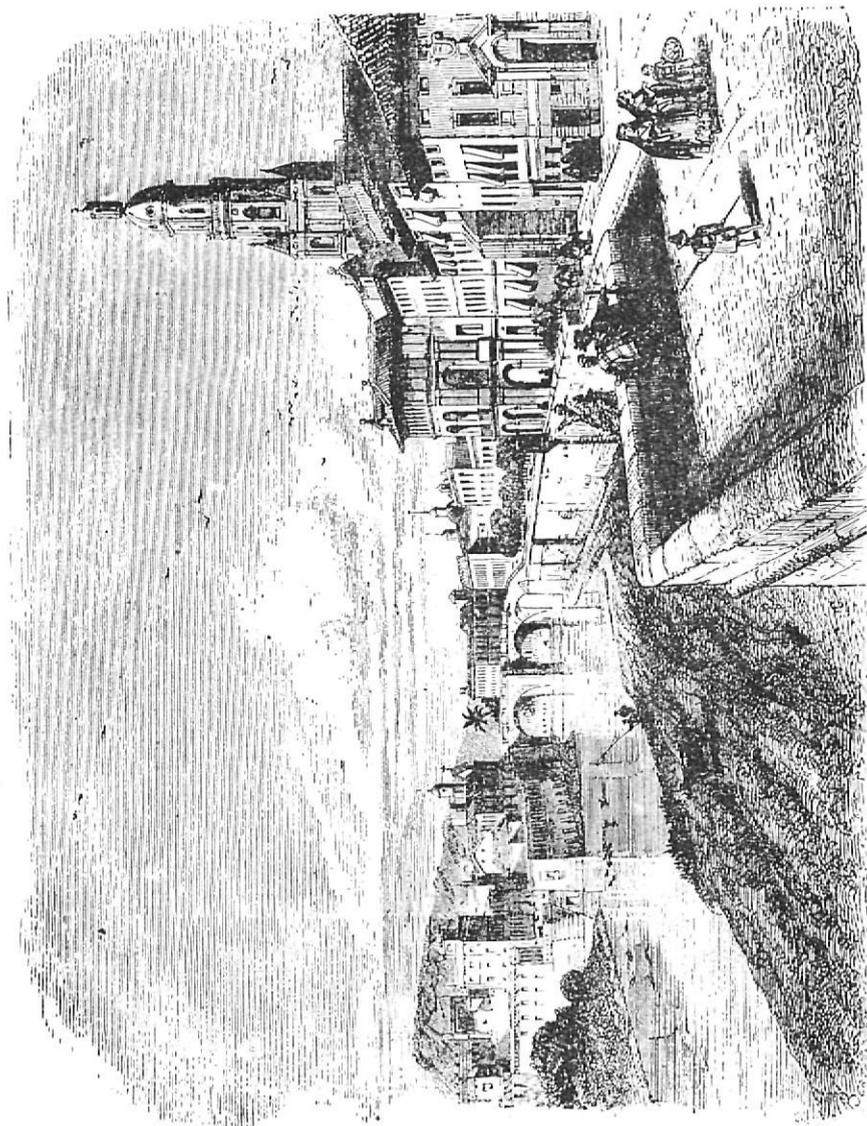
BY THE AUTHOR OF
"SWISS PICTURES" AND "ITALIAN PICTURES."

With Illustrations by Gustave Doré and other eminent Artists.



LONDON:
THE RELIGIOUS TRACT SOCIETY:
56, PATERNOSTER ROW; 65, ST. PAUL'S CHURCHYARD;
AND 164, PICCADILLY.





MURCIA.
(De la obra *Spanish Pictures*)





AT A GIPSY FESTIVAL NEAR MURCIA
(De la obra *Spanish Pictures*)

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

